

y desde allí dirigir las operaciones contra los cuados y yazigios, que habían vuelto á invadir la Panonia y la Mesia. En la primavera del año siguiente persiguió á estos pueblos bárbaros al otro lado del Danubio y les derrotó en su propio territorio, obligándoles, despues de una batalla mortífera, á someterse á las condiciones de una paz favorable para el imperio. Arregladas las cosas por este lado, castigó á los yazigios meridionales, llamados limigantes, que fueron exterminados en su mayor parte y el resto perseguido hasta mas allá del Teiss. Esta guerra feroz concluyó á principios del año 359, quedando los yazigios arrojados á gran distancia del distrito fronterizo situado entre el Danubio y el Bajo Teiss.

Entre tanto había estallado una nueva guerra con la Persia, porque despues de activas negociaciones seguidas por el gobierno imperial en el año 357 con el rey de Persia para llegar á una paz sólida y duradera, en 358 insistió el rey en su reclamacion de la Mesopotamia y Armenia, y penetró en territorio imperial guiado por un traidor romano. En 7 de octubre del año siguiente, 359, tomó la fortaleza de Amida á orillas del Tigris en su curso superior, despues de un sitio de muchos meses, y dueño ya de la plaza cometió atrocidades espantosas. Esta guerra molesta, difícil é interminable obligó á Constancio á recurrir á Juliano en demanda de refuerzos, pero de una manera tan torpe que suscitó una guerra civil.

Los resultados brillantes que en el interior y contra los enemigos exteriores había obtenido el César Juliano, le habían dado una popularidad que no se limitaba á la Galia y sus provincias anexas, y que, naturalmente, excitaba la envidia y los recelos de Constancio. La emperatriz Eusebia, protectora constante de Juliano, había muerto sin duda por entonces, y dueño del campo la malvada camarilla, continuó rebajando y ridiculizando hasta las mas notorias hazañas y el admirable gobierno de Juliano, y excitando al mismo tiempo las sospechas del emperador respecto de las supuestas intenciones ambiciosas de su primo. En este estado de tirantez, la guerra con la Persia dió un motivo plausible á Constancio para pedir refuerzos al César, á cuyo lado tenían el emperador y su camarilla un agente en la persona del prefecto de la guardia pretoriana Florencio. Pidiéronle, pues, una parte de sus tropas aguerridas para dirigir las contra la Persia, con la intencion de debilitarle, llamarle despues á la corte imperial y darle otro destino, sin temor de resistencia por su parte. Este plan fué puesto por obra de la manera mas torpe. A fines del año 359 llegó el comandante Decencio á Paris para entregar directamente al prefecto Florencio y al general Lupicino las órdenes del emperador, de las cuales se dió conocimiento á Juliano en segundo término, y que consistian en mandar que cuatro de los mejores batallones auxiliares y trescientos de los mejores individuos de cada seccion, salieran inmediatamente para el Oriente. Al propio tiempo, el caballerizo mayor Síntula recibió el encargo de sacar de los batallones de escuderos y de gentiles de la guardia imperial los mas aptos que voluntariamente se prestasen, y marchar con ellos tambien al teatro de la guerra persa. Juliano se conformó con esta orden intempestiva y desagradable para él, pero observó al agente del emperador que los cuerpos auxiliares compuestos de germanos habían entrado al servicio del imperio bajo la condicion de no ser conducidos al otro lado de los Alpes. Decencio no hizo caso de este aviso y pasó adelante. Síntula marchó con los voluntarios y los individuos escogidos de los cuerpos auxiliares hácia el Sur; pero los cuatro batallones de auxiliares aplazaron su marcha por varios motivos militares, y durante este tiempo fué tomando forma el disgusto en la Galia septentrional. El pueblo temía

la repetición de las invasiones y rapiñas de los francos y alamanos á consecuencia de la debilitacion del ejército, bastante escaso ya, y por su parte los soldados destinados á Oriente, además de estar irritados porque se faltaba á las condiciones bajo las cuales habían entrado á servir, temían el clima ardiente de la Mesopotamia y recordaban la malísima administracion militar del emperador Constancio. El disgusto se comunicó poco á poco á los demás cuerpos del ejército, entusiasmado por Juliano, y empezaron á hacer comparaciones entre su jefe y el emperador, muy desfavorables para este último.

Juliano hizo cuanto pudo para acallar el descontento creciente, pero Decencio lo aumentó con su imprudencia. Contra el consejo de Juliano, y quizás justamente por contrariarle, empeñóse en pasar con su gente por Paris, donde tuvo que hacer un día de descanso. En aquel día la tropa que llevaba se amotinó abiertamente, y por la noche salió de su campamento, cerca de la ciudad, y se dirigió con gran algazara al palacio del gobierno. Juliano sabía lo que esto significaba y estaba decidido á no imitar la conducta de Germánico, es decir, á no sacrificar su vida por Constancio sin utilidad ninguna y despues de las matanzas del año 337; mas para mayor seguridad suplicó á Júpiter que le revelara lo que debía hacer, y se cuenta que entonces se le apareció el génio de Roma diciéndole que respondiera al llamamiento que se le hacia. A la salida del sol mostróse, pues, á la tropa, reunida en la plaza delante del palacio y que le estaba llamando con impaciencia creciente; quiso apaciguarla, pero ya no se le escuchó; el clamoreo se hizo amenazador, y pronto se vió aclamado emperador por la multitud excitada, en medio de una gritería espantosa. A falta de diadema, los mas atrevidos le pusieron la cadena de honor de un oficial y le levantaron sobre el pavés, segun la costumbre germánica.

Tan pronto como el cuerpo que se llevaba Síntula supo la noticia de este suceso, volvió atrás y regresó á Paris.

Esto ocurrió en el invierno del año 360. El noble Juliano no tenía intencion, sin una urgente necesidad, de envolver al imperio en una nueva guerra civil; dejó que se escapara el traidor Florencio; respecto del general Lupicino, contentóse con tenerle arrestado, y entró en negociaciones con Constancio haciéndole proposiciones muy prudentes y modestas que al parecer venían á limitarse á pedir el imperio tan solo en la prefectura de la Galia, que ya tenía en su poder. Pero cuando sus mensajeros se presentaron á Constancio, en el verano del mismo año, en Cesarea de Capadocia, les recibió furioso y encargó á su ministro Leonas que hiciera saber á Juliano que solo podía esperar perdon si se contentaba como hasta allí con el título y la autoridad de César. Ni el ejército ni el pueblo de la Galia, ni el mismo Juliano, se contentaron ya con esto, y la decision de la contienda entre estos dos últimos vástagos de la familia de Constancio Cloro se remitió á la suerte de las armas. Antes Juliano tomó venganza de una expedición de rapiña de los francos atuarios, dirigiendo otra expedición que desde Xanten cayó con la velocidad del rayo sobre estas tribus en su propio territorio de la cuenca superior del Ruhr. Pasó luego el invierno del año 360 á 361 en Vienne, donde murió su esposa Elena. Desde aquella ciudad podía observar mejor lo que hiciera Constancio, y pronto supo que intentaba seguir la misma política que había seguido en tiempo de Magnencio con excelente éxito, á saber, excitar á los alamanos á que invadiesen la Galia. En efecto, Vadomaro, jefe guerrero de una tribu almana que desde largo tiempo estaba en relaciones con Constancio, y que recientemente había pasado con su gente el Rhin por el lado de Suiza, saqueando el país, inspiró tales sospechas con su conducta, que Juliano, valiéndose de una estratagemata, se apoderó

de su persona y le hizo internar en España. Despues, á principios del año 361, hizo Juliano una demostracion vigorosa contra la tribu almana y la obligó á retirarse y permanecer en paz. El mismo Vadomaro acabó por romanizarse en España, tanto que Juliano le nombró despues gobernador militar de Fenicia. Mas adelante se le confiaron misiones diplomáticas y militares, y acabó por ser un maestro en el arte de sitiar plazas, es decir, un verdadero ingeniero.

Muy pronto comprendió Juliano que Constancio trabajaba con toda su energía para lograr un armisticio con la Persia, evidentemente con la intencion de poder dirigirse contra él con todas sus fuerzas. No había, pues, tiempo que perder, y Juliano, digno competidor de César, se trasladó á marchas forzadas, en el mes de mayo del año 361, á la provincia de Iliria, donde se apoderó con rapidez asombrosa de todo el país y de los desfiladeros que separan la Tracia del Bajo Danubio, antes de que Constancio tuviese tiempo de reforzar las guarniciones de los puntos mas importantes. Para dedicarse á esta empresa, había nombrado á su amigo Salustio prefecto pretoriano de la Galia en su ausencia. Dividió su ejército en tres fuertes columnas; con la primera marchó directamente por la Selva Negra y el país de los alamanos al Danubio; la segunda columna, á las órdenes del general de caballería Nevita, de origen godo, tomó el camino por Bregenzio, al Sur del lago de Constanza, y la tercera, mandada por el general de caballería Jovino, se dirigió al Norte de Italia. Cuando Juliano llegó cerca de Viena, embarcóse con 3,000 hombres en la escuadra del Danubio, dirigiéndose á Sirmio, mientras el resto de su fuerza y la segunda columna, que componian un total de 20,000 hombres, se encaminaron por tierra al mismo punto. Por la noche del oncenno día llegó Juliano con su vanguardia á Bononia, á ocho horas de Sirmio, donde nadie tenía la menor sospecha de su presencia; de modo que el comandante de su guardia de corps, Dagalaifo, pudo entrar sin obstáculo en la ciudad con su gente. Apoderóse del comandante de la plaza Luciliano, que estaba en su cama, y le envió á Juliano, y cuando este se presentó con el resto de los 3,000 hombres en la formidable plaza, fué aclamado con júbilo por la poblacion y la tropa. Tambien la Italia y la Sicilia le habían aclamado sin resistencia; de suerte que Juliano pudo avanzar con rapidez y ocupar á tiempo y sin disparar una flecha los desfiladeros importantísimos de Succi, que dominan la gran calzada entre Sárdis y Filipópolis. Hecho esto, detúvose en Naisa para observar los movimientos de Constancio; al propio tiempo, para reforzar la línea del Rhin, envió á la Galia dos legiones y un cuerpo de arqueros que hasta entonces habían formado la guarnicion de Sirmio, y continuó dando manifestos, como había hecho desde su llegada á Panonia, á todos los cuerpos de ejército, á las provincias y á las ciudades mas importantes del imperio, entre ellas Atenas, á la cual profesaba un afecto especial, haciéndoles saber su proclamacion y los motivos que había tenido para aceptar, y pintando en lenguaje vigoroso, pero no apasionado, la conducta que desde el año 337 había observado Constancio respecto de su familia. En Grecia, y especialmente en Atenas, donde eran sabidas sus intenciones en materia de religion, fué donde con mas simpatías podía contar Juliano.

Las tropas de Sirmio, destinadas al Rhin, disgustadas de esta traslacion, al pasar la Italia del Norte se dejaron sobornar por el comandante de la caballería de Mesopotamia Nigrino; ocuparon la fortaleza de Aquileya, cuya poblacion estaba en favor de Constancio, y desde allí trataron de fomentar la resistencia contra Juliano. Este envió contra los rebeldes al general Jovino, con la tercera columna que había formado al salir de Galia, pero Jovino tuvo que contentarse

con poner cerco á la plaza sin poder sitiársela en regla. Trabajo habría costado á Juliano conquistar esta plaza para no dejar un enemigo á sus espaldas, si hubiese llegado el caso de decidirse su contienda con Constancio en los campos de batalla. Pero este caso no llegó, porque la muerte de Constancio, ocurrida en 3 de noviembre de 361, hizo á Juliano soberano único de todo el imperio. Constancio, sin alcanzar grandes victorias sobre los persas, había conseguido que estos, de todas sus conquistas de territorio romano no conservarían mas que á Bezabde, á orillas del Tigris, á fines del año 360. Despues de pasar Constancio el invierno en Antioquía, trasladó en la primavera del año siguiente su cuartel general á Edesa; pero el gran ejército persa con que el rey Sapor había salido entonces á campaña, se retiró otra vez por su órden, segun se dice á consecuencia de augurios desfavorables.

Así cuando Constancio recibió en otoño de aquel año la noticia de que Juliano se dirigía con grandes fuerzas á Panonia, dispuso lo necesario, con gran satisfaccion del ejército, para volver á Europa y atacar al rebelde. A fines de octubre salió de Antioquía, pero en Tarso encontróse indispuerto, y en Mopsucrene, al pié del Tauro, se apoderó de él una fiebre tan violenta que le llevó al sepulcro. Los altos jefes militares y funcionarios civiles que cerca de su persona estaban, tomaron la resolucíon prudente, á despecho de los esfuerzos de la camarilla, de reconocer inmediatamente por emperador á Juliano, diciendo que Constancio lo había querido así en sus últimos momentos, cosa imposible de probar, bien que todo podría ser. Al instante partieron para Naisos dos de los jefes militares mas autorizados y comunicaron al nuevo emperador lo sucedido; y cuando la noticia llegó á Aquileya imitó esta plaza la conducta de los demás y reconoció á Juliano, que devolvió la paz á todo el imperio.

El viaje del emperador Juliano desde Naisos á Constantinopla fué un continuo triunfo por las grandes simpatías que se había conquistado y las no menores esperanzas que había hecho nacer. El pueblo de la capital salió á recibirle á Perinto, y en 11 de diciembre de 361 hizo su entrada, que fué brillantísima, en la capital del Oriente. Fué aquel el último día de resplandor y de dicha pura que el destino había concedido á este grande hombre.

Apenas instalado, conocióse que había penetrado un nuevo espíritu en el gobierno, del cual el imperio no podía esperar sino grandes beneficios. Ya la administracion de Juliano en la Galia había demostrado que este príncipe poseía no solamente las dotes de un gran gobernante, sino tambien un alma elevada. Su grande amor á la antigüedad y al neo-platonismo, había producido el buen resultado de hacerle adoptar el propósito firme de ser verdaderamente virtuoso, y así, aunque de la raza de los Constantinos, logró á fuerza de voluntad vencerse á sí mismo, dominar sus pasiones, su excitabilidad y los demás defectos de su sangre iliria. Solo el fanatismo apasionado de sus adversarios cristianos pudo desconocer despues las muchas virtudes que adornaron á este varon, tales como rarísimas veces habían brillado en el trono del imperio. La pureza de costumbres de Juliano estaba por encima de toda calumnia; era inaccesible á las tentaciones mas seductoras; su vida era sencillísima; su actividad para el bien de los pueblos incansable, su bondad de corazón, su consideracion para con las faltas y debilidades ajenas, para las necesidades materiales de los pueblos, presidieron todos sus actos y disposiciones, y si observadores críticos encontraron que en todo esto había algo afectado y rebuscado, esta afectacion no disminuía ni el mérito de sus actos ni el beneficio que de ellos resultaba



para los pueblos y el ejército, que habían perdido la memoria de haber visto tan grande y sincera solicitud y bondad en sus gobernantes. Poco importaba que tratase afectadamente de imitar las cualidades más apreciables y elevadas de Alejandro Magno, de César y de Marco Aurelio, según las circunstancias; lo cierto es que las imitó con la firme voluntad de igualarlas y superarlas. Tenía el defecto de los filósofos de su tiempo, la vanidad de hacerse admirar por su elocuencia viva y elegante, por sus escritos, su exagerada sencillez de vida y su porte exterior; pero ni este defecto ni sus grandes virtudes fueron la causa de los obstáculos insuperables que él mismo se creó y contra los cuales luchó hasta su fin, como luego veremos.

Por lo pronto empezó su reinado bajo los auspicios más halagüeños. Gran satisfacción causó cuando, después de haber hecho depositar los restos mortales de su primo y predecesor en la basílica de los Apóstoles, de Constantinopla, mandó formar causa por el tribunal de Calcedonia a los que a la sombra de Constancio habían cometido innumerables maldades. Los más de ellos fueron condenados a la pena de muerte, que habían merecido mil veces. Contra las personas que se habían señalado como enemigos suyos o de su hermano, no tomó ninguna venganza ni ordenó persecución alguna, si no se habían hecho culpables de otros crímenes; pero sin consideración despidió el inmenso personal de la corte fastuosa y despilfarradora de su predecesor, a pesar de ser este un golpe durísimo para muchos. La situación del imperio exigía economías, y tantas fueron las que realizó Juliano, que pudo rebajar las contribuciones en una quinta parte, y no tardaron los súbditos en experimentar en diferentes conceptos los efectos de la cariñosa solicitud y laboriosidad incansable del emperador.

El error de Juliano fue su idea desgraciada de rejuvenecer y restaurar interior y exteriormente el paganismo caduco y oponer así un dique eficaz al cristianismo dominador. Esta idea le hundió en un mar de dificultades insolubles; de tal suerte que su muerte prematura en el campo del honor, que privó al imperio de su mejor general y gobernante, casi resultó ser una fortuna, si bien, por lo pronto, fue militarmente una grandísima desgracia. Ya hemos visto por qué conjunto de circunstancias Juliano tomó aversión al cristianismo, y la opinión errónea que tenía de los cristianos y de los paganos. Desgraciadamente juzgaba al mundo pagano desde su punto de vista de alma grande y noble, admiradora de todo lo bueno y bello, pero al propio tiempo, y quizás por lo mismo, inclinada al misticismo, tendencia que le hizo creerse destinado a restablecer los altares y el culto de los dioses antiguos. En la atmósfera de estos errores capitales consumió el emperador Juliano inútilmente sus mejores fuerzas y preclaro talento. Extraviado así y por el ejemplo de sus predecesores, especialmente Constancio, que como emperadores absolutos y autócratas se habían creído autorizados también para guiar, prescribir y hasta imponer a sus súbditos sin distinción la creencia religiosa, no llegó a ver que luchaba contra la marcha progresiva de la humanidad, es decir, contra el destino, y que este arrolla y destruye con fuerza irresistible todos los obstáculos que se le oponen, aunque los opongan almas nobilísimas, humanitarias y grandes. A haber sido menos noble y sentimental, se habría contentado como Constantino con favorecer los cultos antiguos como aquel emperador favoreció al cristianismo, en el terreno de la igualdad y libertad de cultos, o como hizo su segundo sucesor, el emperador Valentiniano I, que con gran provecho del imperio proclamó y mantuvo la igualdad política y la libertad de todas las religiones.

La última vez que Juliano asistió al culto cristiano fue

en 6 de enero del año 361, en Vienne, antes de salir con sus fuerzas para la Italia contra Constancio. Proclamado emperador y viéndose dueño de todo el imperio, se emancipó; se declaró abiertamente partidario de los cultos antiguos; mandó abrir en todo el imperio los templos cerrados, restaurar los derruidos y hacer los sacrificios como antiguamente; y siendo sumo pontífice, en su calidad de emperador, cumplió las obligaciones y practicó las ceremonias del pontificado con fe ferviente y la minuciosidad más escrupulosa, gozándose por lo demás en vivir en medio de un círculo íntimo de amigos y sabios neoplatónicos. Al propio tiempo proclamó completa libertad para todos los demás cultos y religiones, especialmente para la cristiana.

La rehabilitación de los cultos antiguos fue recibida con aplauso en Grecia y en todas las provincias donde estos cultos tenían en su favor la mayoría de la población; pero en los demás puntos el decreto de la completa libertad religiosa produjo el efecto de una tea incendiaria; la iglesia cristiana se dividió instantáneamente en diferentes sectas; los sínodos del Occidente repudiaron el símbolo de Rímni y no aceptaron como único verdadero más que el de Nicea; en el Oriente se declararon los unos por este símbolo, los homeusianos por el de Seleucia, y los anemeos por el suyo; y cuando los sacerdotes y obispos expulsados y desterrados por Constancio regresaron a sus parroquias y diócesis, ocurrieron en muchísimas localidades escenas propias de bárbaros. En la misma corte, y a la vista del emperador, se atacaron con suma violencia los representantes de las diferentes sectas. Pero si de esta división apasionada el emperador había esperado sacar alguna ventaja para su política, se engañó completamente; porque cuando con nuevos decretos quiso proceder con estricta y severa lógica respecto de la completa igualdad de cultos, se unieron todas las sectas, animadas del odio más concentrado, contra Juliano, el emperador apóstata.

Muy distante de la mente de Juliano, demasiado humano, prudente y justo, estaba ordenar una persecución del cristianismo y de sus adeptos; no quería mártires, pero tampoco quería ser injusto con los demás cultos. En este sentido publicó dos decretos, uno que ordenaba a las comunidades cristianas que restituyeran a los municipios los bienes que procedentes de estos les había dado Constantino, así como los templos y bienes que habían sido arrebatados a las corporaciones sacerdotales paganas y habían pasado a poder de las cristianas. Además, en este decreto retiró a la Iglesia el derecho de heredar y la jurisdicción eclesiástica, y al clero la exención de la contribución industrial y de los cargos municipales tan molestos.

El segundo decreto, rigurosamente lógico también, publicado en 29 de julio del año 362, no fue menos duro y sensible para la iglesia cristiana, porque prohibió a sus adeptos ocupar cátedras de retórica y gramática, es decir, de enseñanza literaria. Desde largo tiempo en las comunidades cristianas se había mostrado la tendencia a considerar las obras del mundo pagano como obras del demonio, y era lógico por tanto excluir a los que esto creían de la enseñanza de obras literarias cuyos autores estaban mirados por los cristianos como ateos. Pero en realidad las obras de los autores antiguos, exceptuando apenas las de Homero y Hesiodo, habían cesado de ser para los mismos paganos ilustrados cuerpos de doctrina religiosa, y por otra parte, tampoco eran miradas ya por los cristianos más ilustrados como obras dictadas precisamente por el demonio. Los hijos de las familias cristianas buscaban su instrucción en las obras de los sabios paganos, y los jefes de la Iglesia las conocían a fondo, aunque no fuera sino con el objeto de sacar de ellas armas para sus polémicas contra el paganismo. Pero como era también notorio que en las

escuelas paganas, especialmente en las de Atenas, donde el cristianismo apenas figuraba, la fe cristiana de muchos jóvenes se había entibado mucho, los padres cristianos que querían dar instrucción a sus hijos, tenían interés en hacerles estudiar los autores antiguos bajo la dirección de profesores cristianos, que naturalmente los explicaban a su manera en cuanto se rozaba con la religión pagana. El decreto de Juliano, limitando la explicación de los autores paganos a los profesores paganos, tendía, pues, a excluir a los cristianos de la instrucción y a obligarlos si querían instruirse a entregarse a la influencia de maestros, profesores y sabios afectos al paganismo.

Juliano, al mismo tiempo que seguía respecto de la iglesia cristiana la táctica de la presión moral, bien que estrictamente legal, valióse de otros recursos para dar nueva y vigorosa savia al paganismo. En primer lugar, reunió todos los diferentes cultos y corporaciones sacerdotales bajo una sola dirección central, innovación que como otras que introdujo con el mismo fin de vigorizar la religión antigua, era copia de la organización jerárquica de la iglesia cristiana. El emperador era ya supremo pontífice nato de los cultos antiguos, pero faltaba al sistema la jerarquía intermedia, a saber, un pontífice general de todos los cultos paganos para cada provincia del imperio. En segundo lugar trató de que los sacerdotes paganos, por la práctica de la virtud y por su conducta ejemplar y solícita cura de las almas de los adeptos, adquiriesen la misma autoridad moral de que gozaban los obispos cristianos entre los suyos. A este fin mandó construir, cosa nunca vista, en todos los templos paganos púlpitos desde los cuales los filósofos neoplatónicos debían explicar a los paganos su moral y la religión antigua a la manera neo-platónica. Finalmente adoptó varias disposiciones para que en los templos y fuera de ellos se practicase la caridad como la practicaban entre sí los cristianos.

Con estos medios creyó Juliano poner la religión y el mundo antiguo en estado de competir con el cristianismo y oponer un fuerte dique a su propagación; mas no tardó en advertir que había emprendido una obra completamente imposible, a pesar de los aplausos con que fueron recibidos sus decretos por una gran parte del público pagano, y a pesar también del ingreso en la religión antigua de gran número de cristianos flojos, que ya para hacerse bien quisitos, ya cediendo a las sátiras, ya a los alicientes que Juliano ofrecía a los renegados en el ejército y en la administración, volvieron a abandonar la religión cristiana. A esto se limitaron las conquistas de Juliano en este terreno. No faltaron hombres de carácter hasta en las regiones más elevadas, como en el ejército el jefe de legión Valentiniano, que después fue emperador, que continuaron firmes en su fe y convicción religiosa sin dejarse atemorizar por nada, ni seducir por ningún interés, y otros que no aceptaron ninguna gracia, como el anciano profesor de Atenas, Proeresio, a favor del cual el emperador quiso hacer una excepción de la ley que prohibía a los cristianos la enseñanza literaria. En fin, toda la parte intelectual más influyente de la secta galilea, como Juliano llamaba con desprecio a la iglesia cristiana, recogió el guante y emprendió nueva lucha contra la política religiosa del emperador con una energía admirable. Juliano se vio súbitamente en frente de una inmensa falange de adversarios apasionados, unidos y animados de un gran fervor religioso, de una resolución inquebrantable y de un entusiasmo poderoso de los cuales el joven emperador no había tenido la más leve idea, porque solo conocía de los representantes de la iglesia cristiana las debilidades y las interminables disputas dogmáticas. Para parar el golpe del decreto relativo a los profesores cristianos, los prohombres de todas las diferentes sectas

trabajaron con una actividad maravillosa a fin de crear una literatura de educación cristiana y no necesitar las obras de los clásicos paganos. Por desgracia, el ardor, el entusiasmo, la indignación y la ira arrastraron a muchos representantes de la Iglesia más allá de los límites prudentes, y valiéndose de la completa libertad de cultos, que el emperador no había pensado en cercenar, desahogaron desde el púlpito y en escritos su furor, excitado además por las continuas polémicas apasionadas entre las sectas, contra el mismo emperador, haciendo de él el retrato caricaturado y tan lastimosamente equivocado que la posteridad conoce.

Mientras esta oposición formidable anulaba todos los esfuerzos de Juliano, la masa pagana, sacerdotes y laicos, no mostró la más leve disposición a ayudar y sostener al emperador en la lucha titánica que había emprendido a favor de la civilización y de la sociedad antiguas; no que les faltasen partidarios fanáticos, pero la gran masa de los partidarios ilustrados de los antiguos cultos había adoptado desde larga fecha una actitud de aristocrática e indolente indiferencia respecto del cristianismo, y los innumerables sacerdotes paganos preferían vivir cómodamente, disfrutando las ricas dotaciones de sus templos, a esgrimir armas intelectuales contra el cristianismo. Aunque satisfechos del celo religioso de Juliano, su supremo pontífice, excitaban sus burlas sus innovaciones molestas, su observancia nimia y vetusta de los diferentes ritos, y la excesiva abundancia de animales que destinaba a los sacrificios. No se mostraban, pues, inclinados a sacrificar su vida regalada e indolente para apoyar a su imperial y supremo pontífice; y en cuanto a las clases bajas, es ocioso decir que aferradas ciega y rutinariamente a sus creencias antiguas, eran completamente inaccesibles a toda idea más elevada, y no entendían nada de las doctrinas neo-platónicas. Los medios materiales que el emperador facilitaba en abundancia fueron los que mantuvieron y dieron un aspecto de vida a los cultos antiguos, y no la fe de sus partidarios, y probablemente ninguno o muy pocos de los sabios neo-platónicos, sin exceptuar los que rodeaban a Juliano, se hicieron ilusiones sobre el porvenir del paganismo. No pasó mucho tiempo sin que se hiciera patente que la misión que Juliano se había propuesto acabaría en una solemne derrota; pero también es cierto que si otros sucesos no lo hubiesen impedido, el emperador idealista no habría renunciado a su empeño, si bien jamás se habría dejado llevar por su convicción y voluntad energética a hacer degenerar tan árdua y desesperada lucha en una persecución de los cristianos y de su iglesia. Con todo su entusiasmo se contentó con combatir el cristianismo literaria y científicamente, y con emplear los medios gubernativos legales. Entre ellos se contó también la protección que concedió a los judíos; pero ni aun los ataques insolentes de algunos obispos, cuando desde mediados del año 362 estuvo en la Siria, fueron capaces de hacerle olvidar su noble moderación y serenidad de juicio.

Sin embargo, ni la actitud y conducta personal, ni el poder absoluto de Juliano pudieron impedir los excesos de los funcionarios imperiales demasiado celosos, pues no todos supieron imitar la conducta prudente y tolerante de Crisantio, el nuevo pontífice general de la provincia de Lidia. En otras partes hubo explosiones del furor de los pueblos contra ciertos cristianos execrados, mientras que el fanatismo indómito de muchos cristianos, buscando el martirio, les impulsó a cometer atrocidades, como el incendio de templos restituidos al culto pagano, para provocar contra sí la venganza ciega de las masas adictas a su religión antigua. Como otras veces, sobresalió en estas tristes escenas la ciudad de Alejandría, donde el obispo arriano Jorge, hombre muy mal visto por lo demás, excitó el coraje de la población pagana